

UNA POESÍA SIN ENGAÑOS

Desde su primer poemario publicado, *El vaho en los espejos* (Murcia: Diputación Provincial, 1976), Dionisia García muestra unos principios estéticos que habrían ido enriqueciéndose a lo largo de su dilatada trayectoria (más de ocho títulos publicados). En ese primer libro, planteaba ya temas que luego iría morosamente desarrollando, como una serie de reflexiones sobre la naturaleza, la vida o el papel de la palabra. Esta última entrega, *El engaño de los días*, nos confirma que estamos ante una de las voces más destacadas y coherentes de la poesía española de los últimos cuarenta años. En sus publicaciones anteriores se observaba la especial atención que concede a la palabra poética, a la construcción misma de los poemas (con un predominio claro de versos clásicos), al artificio verbal y al esmerado diseño de sus libros, elementos que también caracterizan y definen este libro.

La arquitectura de *El engaño de los días* se sostiene sobre tres partes: *Frente al invierno*, *La cierta referencia* (ambas de veinticuatro poemas) y *A pesar de las ruinas* (con veintitrés poemas), más un *Epílogo* con un poema de cierre. En todas ellas hay una unidad que dota de sentido toda su producción: una suerte de estética del desaliento y, paradójicamente, de la esperanza.

Una voz madura, serena y contemplativa ofrece descripciones desapasionadas, contundentes a través de identificaciones rotundas, pero con un lenguaje voluntariamente difuso. Se ha hablado de poesía de la memoria para aludir a los versos de Dionisia García y, en efecto, la memoria ocupa un lugar privilegiado, porque el discurso poético es un lugar privilegiado tanto del espacio como del tiempo. Hay un proceso de rememoración constante: sobre el pasado se proyecta una luz tenue que apenas resalta ciertos acontecimientos, aparentemente mínimos, triviales, que el poema trata de apresar o solemnizar. Sus poemas están habitados por personajes que regresan, que tratan de descubrir las huellas de su pasado en una geografía urbana cambiante que los despoja de los referentes buscados y les plantea dudas acerca de haber existido... Muestran escenas nostálgicas, paseos a solas o en grupos, un deambular que propicia la reflexión y la nostalgia (en las despedidas, por ejemplo). La nostalgia invade no sólo el pasado, sino también el futuro entrevisto o adivinado (como en «Presagio», una reflexión sobre el paso del tiempo y lo que permanece, sobre la imposibilidad de rescatar lo efímero y comprenderlo, darle sentido: «El hallazgo supuesto de una época. / ¿Pero dónde las lágrimas, / el aterrado fin de los amantes / y el llorar del nacido?», p. 25). Y otro ejemplo en «Búsqueda inútil»: «Qué difícil resulta averiguar el término: / no hay reposo final. Todo se desvanece» (p. 27).

La rememoración lleva a la voz poética a añorar el pasado en un ejercicio valorativo que, para explicarse, no puede sino desembocar en la nostalgia («Oscura noticia», p. 31, un poema que expresa el aprendizaje vital de la muerte, la madurez). Y es que el libro de poemas no es sólo la producción o articulación de una voz, también es lectura del pasado, como el poemario de 1959 titulado así (*Oscura noticia*) por Dámaso Alonso. Así, el libro produce un mundo en el que puedan *imitarse* estructuras básicas a través de las que vivimos en un tiempo preciso y habitamos o intentamos dotar de sentido las experiencias o vivencias.

El paso del tiempo se traduce en la clara conciencia de las estaciones, las horas del día, la historia, sus personajes, etc. Y la insistencia: nada queda, ni siquiera las ruinas, la arquitectura (como sucede en «Inmanencia en el tiempo», donde leemos: «El hacedor pasó, y transcurrieron épocas / de abismos y barbaries. Nada queda. / La ciudad de la luz está dormida», p. 41). El tiempo, así, como ocurría en poemarios anteriores, se podría identificar con la herida, mientras que la memoria ofrecería consuelo. El poema se concibe como medio eficaz para apresar el instante, para salvarlo, como en «Salvación por el instante» (p. 43), un poema en el que de nuevo el paseo sirve como pretexto para la rememoración, al medir ella la relación vital con el pasado: la vida como desafío y la inconsciencia de la juventud (que hacía soslayar o minusvalorar los momentos inefables, la autora), ese desafío que la vida representa: «Es el duelo a morir con el ayer / para evocar lo cierto de sus horas, / la vivida pasión y su grandeza / entendiendo que ya no era posible / regresar a ese mundo inexistente». Entonces el pretexto del paseo funciona, en esto reside su utilidad: «Con este sol que luce, el sosiego obligado / y esa honda visión serena y lúcida / de conciliar dos tiempos inseguros / con una realidad que nos conmueve» (p. 43).

Otra de las constantes en la obra de Dionisia García está representada por el tono elegíaco, claramente en libros como *Voz perpetua* (de 1982) dedicado a la muerte del padre, pero también y ya indisolublemente unido a su estilo en *Interludio. De las palabras y los días* (de 1987) o en *Diario abierto* (de 1989), en el que el mundo se percibe en clave elegíaca. No en vano, Díez de Revenga se había referido a esta poeta como «la gran creadora de una elegía personal», una elegía que evoca lo cotidiano, el presente, para mostrarlo como consecuencia directa de un pasado irrecuperable y en el que ese pasado re-suena de distinta manera: como sospecha del vacío y estímulo ante la nada.

Por eso, hay poemas que se rebelan contra el paso del tiempo, contra la muerte, contra el presente, aunque no con grandes gestos, sino más bien con una existencia sosegada en la vejez, reivindicando pequeñas necesidades, como mirar el afuera para lograr «Alivio»: «La mirada es el agua. / [...] En esta tarde cálida de

junio / me viene a redimir, la necesito / como la sed de un pájaro, / para vencer un tramo de desierto» (p. 81). La segunda parte se concentra tal vez más en ese *tempus fugit*: hay cantos a la vida, a la amistad, la soledad se instala de modo irremediable en la segunda parte y a veces deja un hueco a la esperanza: «Cuando en la soledad nadie nos mira, / sabemos de desiertos / con días incapaces / de alcanzar la belleza», para más adelante añadir: «Todo está dicho ya, pero yo espero, / porque es nueva la fiesta de la calle, / tu tibia voz al alba, y la sonrisa, / al pregunta la hora» (p. 89).

Vejez, regresos, fugacidad del tiempo y resistencia, sobre todo eso: resistencia y canto a la vida desde el sosiego y la paz, desde la madura serenidad de quien disfruta de un lugar privilegiado que se utiliza para la contemplación. Hay frecuentes cantos a la amistad, dicotomías irresolutas entre lo efímero (el cuerpo) y lo perdurable (el mar). Asistimos a la nostalgia de un pasado, de un tiempo histórico lejano (la Grecia Antigua, por ejemplo), que se añora por lo que de esplendor tenía o se envidiaba: belleza, dones, tranquilidad, cultura... Canto a la sencillez. La existencia se cifra («Acontecer») no sólo en la aproximación inexorable a la muerte, también en otros detalles que otorgan la contemplación, de ahí que se afirme con rotundidad: «Eres cuanto recuerdas» (p. 111).

La tercera parte, *A pesar de las ruinas*, ofrece destellos, imágenes, fogonazos, pequeñas escenas, breves y tal vez intrascendentes, que el poema aprehende para eternizarlas, para conjurar lo efímero. Así, domina una tercera persona contemplativa, observadora con el mundo alrededor, que gusta de crear atmósferas intranquilizadoras, tétricas a veces, en contraste con el sosiego de un presente desde el que se cuentan los poemas. La nostalgia invade, de nuevo, los poemas, la mirada. Los poemas que relatan pequeñas historias, apenas escenas entrevistas en una atmósfera desvaída, brumosa, de contornos difusos, muy frecuentemente melancólica. Un paisaje rural, en el que los tiempos pasados dominan una recreación que sirve para anotar el presente y dotarlo de un nuevo significado; incidir en el presente de una existencia que sólo puede ser la suma de las existencias pasadas. Se canta a los momentos felices, a la fugaz felicidad en una ciudad destrozada. Se asume el futuro: «Nos duele que la luz nos abandone / y pasemos a ser meros escombros, / olvido nada más de la existencia / lentamente extinguidos en la niebla» (p. 149). El último poema, «Válida realidad», explica no sólo esta parte sino el libro entero y la escritura misma: «Tras hacer el camino es cuanto queda. / Lejano el esplendor de un tiempo irrepetible, / traduciendo a una voz que quiere adelgazarse / en contadas palabras»; y sobre todo: «Nada ha pasado en vano, tampoco el sufrimiento / de días que ya fueron y dejan al pasar / semillas germinadas de unos gozos posibles» (p. 159)

Cuando parece que la estética de la incomodidad se impone en la fascinación por lo “irrepetible”, el poema epílogo reivindica la presencia en un tiempo de paz de ese estar si no en el camino, cerca, para ver qué sucede y cantarlo. Por eso leemos: «No dejo las sandalias, / simplemente me aparto del camino / para ver quién transita» (p. 163). Esto es, dotar de sentido es situarse más allá de una estética del desconcierto, supone articular esas categorías cuasi-kantianas o mentales del espacio y el tiempo, significa construir un poema.

Sonia Fernández Hoyos
El Fingidor, nº 31-32, Granada, enero-junio de 2007